misterio, sin ser objeto de una intuición directa ó consciente.

Pero alguien pudiera decir que no habiendo conciencia de los hechos *subconscientes*, y siendo esta visión interior el único criterio psicológico, aunque realmente existieran, nos sería imposible adquirir noticia alguna de ellos. Esta objeción se desvanece con sólo tener en cuenta que no todo conocimiento es directo, lo mismo en el orden subjetivo que en el objetivo, y que por los efectos llegamos al conocimiento de la naturaleza de sus causas; siempre que en el hombre encontremos un hecho superior á lo físico y orgánico, y análogo, por otra parte, ó idéntico en su modo de manifestarse á los que tienen su origen en la conciencia, será preciso acudir, para explicarle racionalmente, á causas de orden psicológico, aunque no tengan el carácter de conscientes.

Veamos lo que nos dice la experiencia de un modo general solamente, dejando para el estudio de la sensación y de la inteligencia la ampliación de estas breves indicaciones, y el determinar el distinto modo de ser de lo *subconsciente* en una y en otra.

Hemos dicho que el placer y el dolor son siempre conscientes, y que la conciencia de tales afecciones aumenta ó disminuye proporcionalmente á la intensidad de éstas. Si las demás sensaciones y movimientos tuvieran como carácter esencial la conciencia, su perfección é intensidad estarían en armonía con la claridad y viveza de la conciencia. Pero sucede lo contrario, y muy especialmente en aquellos actos que proceden del hábito adquirido. Si el músico exagera la atención en la lectura del papel y en el movimiento de los dedos, compromete el éxito de la ejecución. El que ha adquirido el hábito de recitar de memoria un discurso ó un trozo de lectura, si fija su atención en cada una de las frases, se expone á no poder continuar. En el paroxismo de la pasión, cuando la sensibilidad llega á su mayor grado de excitación, la conciencia de sí mismo y de los movimientos que agitan el alma, es casi nula. Esto demuestra que si la conciencia se halla en razón inversa de la sensibilidad, no es aquélla el carácter distintivo esencial de ésta, y puede, por tanto, existir la sensibilidad sin conciencia.

En la vida ordinaria, casi todos los movimientos del cuerpo pasan inadvertidos á la conciencia. El que escribe tiene fija su atención sobre las ideas que ha de trasladar alpapel, pero ignora casi en absoluto los movimientos que la voluntad imprime á la mano bajo la influencia de aquellas ideas. Cuando alguien, preocupado por una idea, emprende el paseo y continúa pensando en ella con intensidad, los objetos encontrados al paso impresionan sus sentidos y causan en él verdaderas sensaciones, aunque inconscientes; y estas sensaciones son las que van dirigiéndole por el camino sin extraviarle, como se extraviaría otro hombre incapaz de recibirlas. Sucede con frecuencia que, ocupada totalmente

la atención por la lectura de un libro ó por la meditación, paseamos en una sala de un extremo á otro, sin pensar ni en el lugar donde estamos ni en los objetos que nos rodean; y, sin embargo, éstos no han dejado de impresionar nuestra vista inconscientemente, puesto que ellos son los que han determinado y dirigido los movimientos de un extremo á otro de la habitación.

¿Y qué son los movimientos espontáneos sino actos inconscientes, cuya causa está muchas veces en percepciones inconscientes también? Cuando uno tropieza, anteriormente á toda reflexión se ponen los medios para evitar la caída; ¿y qué demuestra esto sino que ha habido percepción y movimiento sensible antes de recaer sobre ellos la conciencia? Hasta el análisis de la misma sensibilidad consciente nos prueba que los hechos psíquicos no son más que en parte conscientes, y que lo restante, quizá la parte más considerable de estos fenómenos sensibles, no llega á la conciencia. Nuestros ojos se acomodan á la distancia mayor ó menor de los objetos: toman la posición según los datos percibidos, de lo cual no tenemos conciencia ninguna; se mueven para explorar el paisaje, para precisar los contornos de las figuras, para juzgar de los movimientos de los objetos, de sus distancias, de sus relieves, etc.; asocian espontáneamente los datos del tacto á los de la vista, y todas estas operaciones tan complejas de adaptaciones y de interpretaciones de signos que el vulgo ignora y que los sabios comienzan apenas

á descifrar, son verdaderos fenómenos sensibles inconscientes (1).

Ordinariamente, decía Leibniz con profunda verdad, en las percepciones insensibles debe buscarse la razón de lo que pasa en nuestro interior; como la razón de los grandes fenómenos de la naturaleza se encuentra en movimientos imperceptibles.

«La inmensa mayoría de nuestra riqueza mental, escribe Farges, de nuestra ciencia, de nuestra erudición, de nuestra habilidad práctica, ¿no permanece fuera de la esfera de la conciencia, escondida en los repliegues más ocultos de la memoria? ¿Se dirá que este tesoro de ideas y de imágenes no es nada real? Supónganse estas ideas y estas imágenes en el estado de acto ó de potencia y de hábito, como se quiera; no dejan de ser por esto fenómenos sensibles, fenómenos psíquicos ignorados de la conciencia. ¡Y cuántas veces estas ideas, estos hábitos, estos sentimientos inconscientes de antipatía ó de amistad, por ejemplo, llegan á ser el móvil secreto de movimientos espontáneos que nos sorprenden á nosotros mismos, y que muchas veces somos los primeros en rechazar y detestar! ¡Cuántas veces, por ejemplo, la naturaleza nos parece como recubierta de un velo fúnebre, cuando de ordinario se presenta á nuestra vista graciosa y sonriente! Y es que la miramos á tra-

(1) Luys: *Le cerveau*, pág. 75.—V. A. Farges: *Le cerveau, l' âme et les facultés*, pág. 299.

vés de las disposiciones mudables de nuestra sensibilidad, disposiciones íntimas, profundamente ignoradas, de que frecuentemente es imposible darnos cuenta y adquirir conciencia, pero que no por eso son menos reales» (1).

«Con todos los fisiologistas modernos, dice Maisonneuve, eminentes pensadores católicos como D. Mercier y A. Farges no han dudado en sostener la gran importancia que debe darse á lo inconsciente de nuestra vida psíquica. Sus razones nos parecen decisivas para afirmar que hay una gran diferencia entre pensar y saber que se piensa, sentir y saber que se siente, querer y saber que se quiere. Vanamente se objetaría con las sensaciones del placer y del dolor, porque bien claro aparece que gozar y sufrir son sensaciones puramente subjetivas; pero sería una tentativa imposible querer reducir nuestra vida psíquica á estados que son simplemente las consecuencias de nuestra actividad, agradables cuando ésta es regular y libre, dolorosas cuando es irregular y contrariada. La distinción entre la conciencia directa y la refleja no aclara la cuestión, porque la conciencia propiamente dicha es esencialmente refleja. Estamos muy lejos de conocer todo lo que hacemos y todo lo que somos; las funciones de la vida vegetativa no son las que únicamente realizamos sin conocerlas; las tendencias, sensaciones, recuerdos, per-

(1) Ibid, pág. 298.

cepciones, ideas, etc., pueden también ser subconscientes» (1).

El vicio de método y de principios ha llevado á los adversarios, en la cuestión que discutimos, hasta desconocer la misma evidencia de los hechos. Comiénzase por dar una definición arbitraria de las manifestaciones psíquicas, diciendo que son «estados ó modos de conciencia»; y, en conformidad con este concepto falso, se confiere al método de introspección el derecho exclusivo en el análisis de los hechos del alma, y sobre tales bases, completamente arbitrarias, se quiere fundar el edificio de la ciencia psicológica. Aparecen después ciertos fenómenos que presentan caracteres semejantes á los psíquicos, y por no caber en el estrecho cuadro de la ciencia construída, ó reciben una explicación violenta que los desnaturaliza, ó son arrojados de aquélla para incluirlos en el orden de fenómenos puramente orgánicos ó físicos. Y así, por un exagerado y mal entendido espiritualismo, se hace causa común con el materialismo, reduciendo á fenómenos mecánicos un sinnúmero de hechos, que ofrecen evidentemente todos los caracteres de la sensibilidad superior, excepto la conciencia.

Como el objeto principal que nos hemos propuesto al discutir esta cuestión es formular un

(1) Maisonneuve: *La personnalité humaine et les théories contemporaines.*—Compte rendu du troisième Congrès scientifique international des catholiques, 1894.—III sección, páginas 131-132.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

concepto exacto de lo psíquico y de lo consciente, vamos á señalar los límites inferiores de uno y otro, y la esfera distinta que á cada uno corresponde. Para ello comencemos por analizar el hecho más claro y sencillo entre todos los psíquicos, de la sensación externa.

La teoría cartesiana del mecanicismo orgánico, y de la sensación como obra pura del espíritu, está desacreditada por los progresos de la fisiología, con los cuales se harmoniza, por el contrario, la doctrina aristotélico-escolástica; y en conformidad con ésta creemos poder demostrar, por la razón y la experiencia, que la sensación externa de carácter consciente supone la inconsciente; y que, dentro del mismo orden sensible, lo inconsciente es la base de la conciencia.

La sensación presenta doble carácter físico y psíquico; es un hecho complejo, resultado de la unión substancial de dos elementos heterogéneos, el órgano físico, y el principio vital que le hace ser órgano viviente. Estos dos caracteres son inseparables en la realidad, porque ni el elemento vital constituye por sí mismo la sensación, ni tampoco el físico; cada uno de ellos necesita estar unido al otro para verificar la parte que le corresponde en la función sensible. El materialismo tiene su parte de razón al afirmar que el órgano físico es el principio ú origen de la sensibilidad, y también acierta la escuela cartesiana, que lo atribuye al alma. El vicio de ambas está en su exclusivismo, pues así como los elementos de cuya combinación resulta el agua

necesitan unirse para producirla, así la sensación es también una síntesis, resultado de dos principios; y de aquí que pueda decirse con verdad que el principio de la sensación es el organismo animado.

Tenemos, pues, en la sensación dos aspectos: uno físico ó mecánico, ya sea una vibración molecular, ya la corriente de algún fluido desconocido, ó cualquier otro movimiento de los que encontramos en la naturaleza física, que esto no nos interesa por ahora, y además la fuerza psíquica, la actividad del alma que vivifica el órgano y lo hace sensible, y que forma parte de la función vital del mismo. Esta es, en pocas palabras, la teoría escolástica acerca de la sensación: y conforme á ella no es difícil demostrar *à priori*, que siempre que las influencias físicas exteriores determinen en nuestro organismo una excitación sensible, ésta debe ser en su primera etapa inconsciente.

La célula nerviosa, órgano de la sensibilidad, es incapaz de tener conciencia de sí misma; está ordenada únicamente á sentir las excitaciones de los agentes exteriores á ella, pero no percibe ni su ser ni sus propias modificaciones, porque la materia, careciendo de virtud para volver sobre sí misma, no tiene el poder de la reflexión. Ni la vista percibe su propia visión, ni el oído su sensación, ni el tacto las afecciones que le son propias, ni tampoco los diversos centros orgánicos donde se hallan localizadas las distintas facultades de la sensibilidad interna sienten

sus propias sensaciones, sino que todos ellos exigen, para que sus actos lleguen á ser conscientes, un centro de percepción distinto donde reciban este carácter. Cada uno de los centros, como cada una de las células sensibles, sólo percibe ó siente la acción exterior, y para percibir esta sensación primera, en que consiste la conciencia, se necesita de otro centro orgánico que sea á manera de sujeto de conocimiento, puesto que aquéllos no pueden ser á la vez sujeto y objeto. Cualquiera percepción consciente de la realidad exterior requiere, según esto, la intervención de dos facultades distintas, aunque no independientes, con funciones también diversas; el órgano exterior que percibe, no su propia sensación, sino la realidad física causa de ella, y el órgano cerebral que percibe el mismo acto ó afección del órgano externo; la primera es la más simple, directa é inconsciente; la segunda recae sobre la primera, es percepción de otra percepción, y, por tanto, consciente.

De aquí se deduce que, siendo toda facultad sensible incapaz de adquirir conocimiento ó conciencia de su propio acto, aquellos centros adonde concurren y donde reciben el carácter de conscientes las sensaciones que no lo tienen, deberán, por naturaleza, ser insensibles á toda excitación; y sus propias funciones, es decir, la conciencia de las sensaciones que á ellos concurren, la coordinación de éstas, asociación, etc., no podrán en modo alguno ser objeto de percepción sensible y consciente. Y, por tanto, en aquellos

seres donde, como en el animal, sólo se den facultades orgánicas, el conocimiento de la misma sensación en cuanto consciente, es decir, la percepción subjetiva es imposible. El animal, como el hombre, tiene conciencia de lo exterior, pero aquél es incapaz de reflexión subjetiva. El hombre, en cambio, puede, en virtud de sus facultades superiores, volver sobre la conciencia sensible, siendo así la reflexion subjetiva un hecho natural.

Es de advertir que, según este nuestro modo de concebir la conciencia sensible, únicamente en cierto sentido puede llamarse refleja, y sólo en este sentido hemos dicho antes que la conciencia no tiene significado si no es refleja de algún modo, á saber, en cuanto la facultad que percibe y el objeto percibido son del mismo sujeto, y son actos que tienen su origen en un mismo principio vital; pero no puede decirse que la conciencia sensible sea refleja de igual modo que lo es la conciencia que tenemos de los actos superiores del espíritu, siendo, como son, en aquélla el sujeto y el objeto orgánicamente distintos.

Esta explicación de la conciencia sensible nos parece la más natural y obvia, una vez establecido el principio de que el organismo y su acción físico-química intervienen como factores integrantes y esenciales en todo proceso sensitivo.

Veamos ahora si estas deducciones encuentran apoyo en el terreno de la experiencia. El

sistema nervioso es el órgano en que el principio vital localiza toda su actividad sensible. Excítese una célula nerviosa de cualquier órgano externo; la célula reacciona, pero esta reacción no debe confundirse con la simple reacción física, ni con la irritabilidad común á toda célula viviente; lo que distingue de cualquiera otra á la reacción de la célula nerviosa es la sensibilidad; es su función propia y exclusiva. Una vez provocada la excitación sensible, se extiende y transmite á través de los nervios conductores hasta los centros medulares, y continúa hasta terminar en el cerebro, único centro de conciencia, si no en todos los animales, por lo menos en los vertebrados superiores, y especialmente en el hombre.

Este movimiento sensible lleva consigo el físico ó químico, que se hallan sometidos á la ley del tiempo; entre la excitación de la primera célula y la recepción del movimiento sensible en el cerebro, donde la conciencia acusa la existencia de la sensación, debe haber transcurrido un intervalo de tiempo más ó menos largo, lo cual depende de una multitud de condiciones que, para nuestro propósito, no importa consignar. De todos modos, es un hecho indiscutible que la transmisión de la sensibilidad exige cierto tiempo. Ahora bien; desde el primer momento de la excitación, la sensibilidad existía, y la conciencia sólo aparece en el último término del proceso; luego todo lo restante se ha verificado de un modo inconsciente; á no ser que se

admita, con los cartesianos y buen número de fisiologistas, que la sensibilidad se halla localizada únicamente en el cerebro, y de éste sólo en la parte destinada á ser órgano de la conciencia, y que la masa nerviosa restante funciona de un modo exclusivamente mecánico; todo lo cual es un error mil veces contradicho por los datos de la observación psicologica y fisiológica.

Puede suceder que el cerebro no se halle en condiciones de realizar sus funciones, ó como ocurre en los movimientos llamados reflejos é instintivos, que en lugar de recorrer todo el proceso la corriente sensitiva hasta el centro superior, donde pueda determinar un movimiento consciente, sea determinado el movimiento en los centros inferiores de la médula, sin que la conciencia acuse sensación ni movimiento alguno, ó también habiéndose dado cuenta del fenómeno después de verificado. Separada del tronco la cabeza de un animal, de modo que aún se halle éste en condiciones de vivir, ó seccionando la médula de modo que la corriente sensitiva excitada en una parte del cuerpo no tenga comunicación con el cerebro, se observan en el primer caso movimientos instintivos con todos los caracteres de la sensibilidad, y que son respuestas provocadas por verdaderas sensaciones; y en el segundo los mismos movimientos, cuando son excitados los nervios que corresponden á una de las partes seccionadas del cuerpo que no tiene comunicación con el cerebro. En este úl-